

CULTURA

La periodista y escritora argentina Leila Guerriero revela los secretos para hacer una buena crónica: tiempo, paciencia, mucha atención y un jefe comprensivo.

"Nada como narrar lo real"

La primera nota que la argentina Leila Guerriero publicó en un medio de prensa grande fue un relato de ficción, "Cómo me cansé", en la cortapaja del diario Página 12, en 1991. Hoy asegura que la realidad es insabible, mejor que cualquier ficción, para desenvolverse en el periodismo, su oficio (tal prefirió decirlo), y en la crónica, género que ha desarrollado en medios como La Nación Revista y Página 12 en su país, los colombianos Gaceta y Malpensado, El Quetzal Negro de Perú, Paula de Chile, Viento Sur y El País de Madrid en España, y el suplemento El País Cultural de este diario, entre muchos otros. "La verdad es que cultivo la promiscuidad periodística", ríe.

Y en ese género ha viajado del último Impresario de Argentina, pasó por un perfil del extravagante empresario Alan Farns, hasta la historia del "gigante" Jorge González, un hombre de 2.30 metros de altura que pudo ser el primer haquebolista argentino en la NBA, pero terminó en la lucha libre estadounidense y volvió, con pena y sin gloria, y enfermó a su Formosa natal. En su caso parano en la historia, donde nació en 1907, se firmó en las letras gracias a una "típica biblioteca de clase media humana", grande y variada, y a la lectura de clásicos como El Signo d'Artagnan y el mítico El Eternauta de Héctor Germán Oesterheld.

Transmitir, y no aconsejar, cómo apelar a la realidad y al acervo cultural personal para contar una historia de manera creativa es otra parte de su oficio, la parte que la trajo el jueves a disertar en la Facultad de Comunicación y Diseño de la Universidad CEI.

—¿Qué confirma el lugar común que la realidad supera a la ficción, y que el periodismo es el mejor momento de la vida?

—A mí, la materia prima de la realidad me parece fabulosa. Si recuerdo el libro *Los salidos del fin del mundo* (2000), en base a una ciudad de 10.000 habitantes. Las flores en la patagónica Santa Cruz en la que usen 12 jirones se habían quitado la vida. Varios edificios me habían propuesto redactarla como una novela ficcionada. Y yo creía, y así lo hice, que no había nada mejor que la realidad para, mucho más que la ficción, para contar una historia. La realidad es algo insabible. No creo que con ficción se gane nada. A mí me gusta ir, ver y contar la historia que yo creo haber visto, con una subjetividad que no es vil. Porque creo que la objetividad es un absurdo, los periodistas hablamos de manera muy mentirosa sobre ella. Prefiero la honestidad intelectual.

—Esa es una historia trágica, que por esas realidades son las preferidas para las crónicas.

—Hay dos cosas. Las crónicas son historias trágicas, desastres ecológicos y niños pobres con moscas alrededor de los ojos pueden ganar premios. Puede ser un día un premio por historias optimistas, se relaciona con algo bonito? Pero también hay una explicación noble: el periodismo es un oficio muy humano, muy relacionado a los compromisos sociales. Es un oficio estar del lado de los más desamparados, más allá de que el periodismo no implica estar del lado de nada. Pero además, es muy difícil acceder a la gente de alto poder económico en América Latina y a sus historias. La gente pedalea, en cambio, no puede hacerse para llegar a ellos.



A destajo. Una vez, a Guerriero le pidieron que escribiera una pequeña columna de un tema que no dominaba; para hacerla, leyó quince libros.

—¿Cree en el fin del relato o justicidismo del periodismo?

—No, para nada. Yo muestro una realidad y que pase lo que pase. Lo mío no es periodismo de investigación, que puede incluir un elemento de denuncia. Yo hago crónicas y perfiles, cuento historias, muestro lo que yo vi. Y nada más.

—¿A qué le llama crónica?

—A una historia que sale de una investigación larga, que consume un tiempo largo, que no busca la denuncia, y que a la hora de escribir secha mano de todos los elementos de la literatura y el cine: mucho clima, tensión argumental, pero sin

pre de servicio de la información. No hay que poder de vista que siempre se trata de periodismo.

—¿Qué es editarse en Gaceta? ¿Qué es preferible, una buena noticia escrita sin demasiada lectura, o una excelente prosa con poca sustancia?

—Ninguna de las dos cosas. Qué sea una cosa bien escrita con información. No existe el periodismo bien escrito sin información. Las preguntas básicas (¿qué pasó, dónde, cuándo, cómo, quién y por qué), tienen que estar todas contestadas, aunque no sea al principio de la nota. Los periodistas que a mí me gustan son los que han leído buena literatura.

—¿Cuánto tiempo le toma una buena crónica?

—Diciendo sólo para escribirlo. Antes, unas tres horas de investigación. A mí me gusta la teoría del trabajo que me produce final, aunque sea 25 mil caracteres, sea sólo la punta y que eso se nota.

—No todos los editores estarían dispuestos a esperar tanto.

—Cuando a mí me piden una nota, ya sé qué trabajo he terminado la noche de tener editores que se han dado cuenta de eso. Hay mucho de negociación y, sobre todo, confianza. ¿Qué le garantiza el editor que en tres meses yo le voy a entregar

un producto publicado? Nada, eso se refleja en el trabajo.

—¿Dónde encuentra el mejor periodismo en América Latina?

—Está desperdiciado. Todo el mundo se quiere del periodismo en su propio país, parece que el césped siempre es más brillante en el propio ajeno. En Colombia, hay unas revistas mensuales maravillosas, como *Sobro* y *Malpensado*, la venezolana *Marcadores*, las revistas de la prensa chilena. En Argentina me gustan la revista del diario *Cinco y Diez*, el suplemento cultural de *Página 12*.

—¿La Nación Revista?

—Es lo hablar de los lugares donde uno trabaja. Como todos las revistas seriales, tiene altibajos.

—¿Y en Uruguay?

—Sí lo que encuentro bien es El País Cultural. De hecho, fue mi primer trabajo fuera de Argentina, en 1992. Conocí todos sus temas. Y yo creo que ninguno de nosotros sería nada sin Horacio Alina Thereset, a quien quería muchísimo. También me gusta mucho Leonor Harker, quien escribió en *Gaceta* y *El Quetzal Negro*.

—¿Qué aconseja a los estudiantes de periodismo?

—Si requiere la idea del correctivo me parece que cada uno tiene que encontrar su propia voz y su propio camino. Lo único que digo es que hay que ser como radares: encontrar y ver algo ahí donde pasaron 500 mil pares de ojos y no detectaron nada. Establecer metas, atender a las pautas, las equivocaciones, las vacilaciones y las generalizaciones. Sacar detalles de los entornos. La gente es muy poco la que dice, es más lo que hace. Lo bueno crecientemente más de lo que pregunta; de hecho, prefiero dejar que una persona hable antes de abordarlo a preguntarlo. Que estén atentos a los detalles, porque la vida, y el periodismo, pasan por ellos.

LEILA GUERRIERO DIXIT



"La gente piensa en el periodismo como *Game of Sex and the City*, que la nota sale de corrido. Y es más como el pescador que a veces tira la caña y a los 10 minutos saca flor de pescado, y otras tiene que tirar la red y esperar".



"No podría trabajar en un diario. No lo hice ni me interesa. Lo que yo hago es lo opuesto a la noticia. Para que un artículo me interese tiene que poder ser leído hoy y dentro de quince años también".



"Yo no me considero una persona creativa, si trato de escribir de la manera que a mí me gustaba que estuvieran escritas las historias que yo leía. La literatura, la poesía y los cómics son una gran caja de herramientas".